

# Aspectos Éticos de la Economía Planificada (1)

Luis de Sebastián, S. J.

En algunos de nuestros países se ha pasado bruscamente de un sistema de economía libre (más o menos libre, se entiende) a una economía centralizada y planificada, como no era conocido en nuestro espacio. La existencia de este hecho en nuestro ámbito económico, nos da ocasión para estudiar el problema de la economía planificada.

Los sistemas de economía, son tan variados como son las naciones. Cada nación tiene en efecto un conjunto particular de medidas que regulan su vida económica. Unas tienen más, otras menos. En unas la competencia es más libre que en las otras. El Gobierno tiene una palabra más importante que decir en la vida económica de las unas que de las otras. Por eso quiero subrayar desde el principio, que los sistemas económicos químicamente puros no existen, que se toman como abstracciones, o como instrumentos de estudio y de investigación. Es un peligro al que se exponen cada día los que manejan mucho estas abstracciones olvidarse que son eso, abstracciones, y pensar con ellas y manejarlas como si fuesen realidades existentes o al menos posibles. Pero por otra parte estos modelos son sumamente útiles, casi imprescindibles, para estudios teóricos de economía. Es, pues, mi intento manejar estas entidades con el cuidado con que se manejan cosas útiles pero peligrosas y ruego al lector que procure este mismo cuidado si no quiere caer inevitablemente en varios malentendidos y errores.

Una de estas abstracciones puede ser el sistema de economía planificada, o economía de administración central, como se llama en los países de lengua alemana (*Zentralverwaltungswirtschaft*).

¿Cuáles serían las características de este sistema?

a) en la producción: El primer objeto de la planificación sería lo que hay que producir. En una economía libre, de libre competencia, se produce (dentro de unos ciertos límites) lo que la gente pide en el mercado. Cada día tiene

---

(1) N. de R.— Repetimos este artículo aparecido en el No. 176, Diciembre de 1961, por la inversión de páginas y mutilación de que fue objeto.

lugar una votación ,un referendum popular. Cada madre de familia que va al mercado con una lista de cosas necesarias y una cierta cantidad de dinero es un elector que indica claramente a los empresarios y fabricantes qué cosas hay que producir y en qué cantidades hay que producirlas. Contra este referendum no pueden nada los fabricantes; o se pliegan a las exigencias de los miles o millones de compradores, o serán arrollados por otros fabricantes más dóciles que han sabido escuchar y seguir a tiempo la voz del mercado. Esto así, al menos en la abstracción del modelo que se llama competencia libre, economía del mercado (Markwirtschaft).

En la economía planificada ,cuando la planificación está extendida a todos los dominios de vida económica, no se conoce esta votación popular. Se produce lo que el planificador quiere (nótese que por ahora no entramos con la cuestión quién es el planificador). Los productos, las cantidades de ellos, dependen de una decisión de la voluntad de los planificadores. Puede ser que se consulte por medio de encuestas, estadísticas, tc., etc., lo que la gente quiere comprar o necesita, pero puede ser también que los planificadores tengan objetivos ante los ojos, que no corresponden precisamente a las cosas que los particulares están dispuestos a comprar .Puede ser, por ejemplo, que se planifique para aumentar el potencial bélico de una nación, o para especializar la economía nacional en una determinada rama, la producción de tractores, por ejemplo. Ahora nos interesa destacar que se produce lo que los planificadores quieren, sin que quede abierta una posibilidad a los particulares de expresar sus deseos y necesidades.

b) El consumo está también planificado, como es evidente. Si sólo se produce lo que los planificadores quieren, es de toda evidencia que sólo se consumirá lo que se ha producido y en las cantidades en que se ha producido, lo deseen los particulares o no. Es verdad que la producción del extranjero no se puede planificar, pero se pueden controlar las importaciones, con lo cual el consumo de lo producido en el extranjero queda también planificado. Toda la vida económica está bajo el régimen de "racionamiento".

c) El trabajo no se puede ejecutar donde cada uno quiere, sino en el puesto que le asigna el plan. Los salarios son fijados conforme el plan sin que la presencia activa de los sindicatos intervenga para nada, a no ser para ayudar a la ejecución del plan.

d) El capital (suponiendo por un momento que hubiese inversiones privadas) habría que colocarlo en las empresas y en la medida que el plan permita. No donde la esperanza de lucro o la razón de eficiencia del capital es más favorable, sino donde unas ideas extra económicas lo prevean.

e) Las exportaciones, sobre todo de materias primas, no siguen ya el principio de los costes comparativos, sino sirven a la intención particular y repito, extraeconómica de los planificadores.

Así quedaría delineado en su descarnada abstracción el modelo de la economía centralizada. Otra cosa considerablemente distinta es la cuestión de si este sistema económico puede existir o de hecho existe; ahora podemos prescindir de ello.

De momento me basta este modelo que he presentado para empezar mis consideraciones.

Desde el punto de vista de la Doctrina Social Cristiana este sistema económico es inadmisibile. Los motivos son múltiples. Se pueden aducir: la libertad del individuo para organizar según su apreciación su economía privada, el derecho de propiedad socialmente aceptable que sería simplemente imposible en un tal sistema económico, etc., etc. Pero yo quiero insistir en un sólo motivo de repulsa. Un tal sistema económico conduce al totalitarismo y así viola lo más sagrado de la dignidad humana.

Ha sido mérito de la escuela neo-liberal el poner en relieve como un sistema económico basado en la planificación central total conduce al totalitarismo, aunque esta escuela haya llevado esta afirmación más allá de sus límites reales, como enseguida veremos.

En la exposición anterior hemos visto qué se planea, ahora vamos a ver quién hace el plan, y con eso entramos en las relaciones entre el sistema económico y el político de una nación .

A veces se piensa muy poco en estas relaciones. Se habla y se escribe como si economía y política no tuviesen nada que ver entre sí. Se piensa que cualquier sistema político puede aceptar indiferentemente cualquier sistema económico. Por ejemplo, que una democracia política se puede unir con sistemas económicos de las más diversas especies. Pero en realidad ¿se puede conciliar un estado democrático con una economía centralizada según el modelo expuesto? Parece que sí, a juzgar por las afirmaciones de algunos de nuestros líderes, que se declaran por la democracia y apadrinan al mismo tiempo una economía planificada y planificadora hasta los menores detalles.

Y de hecho, en pura teoría podría ser así. El responsable de la planificación podría ser un gobierno parlamentario, en que se someten a votación las diversas medidas de planificación, una planificación tan enorme como su totalidad exige (1). En pura teoría, digo, pues en seguida vamos a ver, que esto no es posible ni en la elaboración del plan ni en su cumplimiento.

Para hacer cumplir el plan considérese que se trata de un plan que abarca millones de piezas, de participantes— no basta un poder cualquiera, el poder corriente de un gobierno democrático. El plan exige muchos sacrificios a los hombres que participan en él; ya lo he apuntado más arriba. Los obreros directores o súbditos —tienen todavía menos libertad de movimientos que en una economía de mercado. No podemos suponer que por pura disciplina ciudadana, cada uno va a cumplir al pie de la letra todas las pesadas exigencias que un plan central exija a los particulares. Es necesario para esto, para "ayudar" el espíritu cívico de los participantes en el plan, un poder ejecutivo fuerte, eficiente, que tenga en sus manos todos los recursos del poder para hacer cumplir, por la fuerza si fuera necesario, a cada uno la parte que le toca en la ejecución del plan general.

---

(1) Esta afirmación supone resuelta la cuestión de qué órgano o instancia esté llamada a planificar. Esta instancia es naturalmente el Estado. Sólo el Estado posee recursos para hacer y hacer cumplir un plan que abarca toda la vida económica de la nación. Esto supuesto pasamos a analizar cómo tiene que ser el Estado que pueda llevar a cabo una planificación total de la economía.

Un plan, como el de nuestro modelo, que abarca toda la economía de una nación está montado sobre un máximo de rendimiento. Cuando los planeadores se sientan a su mesa de estudio para trazar el plan, se calcula todo teniendo en cuenta el mayor rendimiento de un obrero o de un medio de producción cualquiera, ya que el plan busca precisamente eso: que todas las fuerzas productivas trabajen el máximo rendimiento. El rendimiento de los hombres, que ahora es lo que nos importa, no es un hecho, un resultado, es un dato previo, un objetivo bien determinado que alcanzar. Los hombres tienen que rendir lo que se ha calculado que rindan. Y esto, claro está, con una obligatoriedad absoluta, porque del rendimiento precalculado de cada hombre dependen otra serie de cálculos igualmente precisos, que no pueden fallar. Llegar al rendimiento que el plan le ha asignado, es la misión del hombre que vive "planificado". Es de toda evidencia que para llegar a ese "ideal" el hombre no se basta sólo, es necesario que le "ayude" todo un sistema de controles y vigilancias, de estímulos externos o internalizados (como sería el efecto de una propaganda pertinaz que inculque de todas formas posibles e imaginables la obsesión de la productividad). Volvemos a la necesidad de un poder fuerte, efectivo y total, pues no olvidemos que también los elementos directivos y técnicos al servicio del plan estarían obligados a un máximo rendimiento. En una palabra: el cumplimiento del plan exige de los participantes en él no sólo una rigurosa disciplina de trabajo, sino una entrega fanática y casi posesa. El plan no se puede criticar ni desobedecer, porque acarrearía serias consecuencias para toda la economía. Hay que confiar en el plan a toda costa...

El cumplimiento de un plan económico tal como lo presenta nuestro modelo hace necesaria la erección de un poder ejecutivo inmensamente fuerte con poderes casi ilimitados. La forma de gobierno más adecuada a una economía central es la dictadura y no la democracia. El hombre sometido a los pesados engranajes de un plan central se hace inepto para la democracia. Aun cuando al hombre se le concediesen algunos derechos nominales, no podría hacer uso de ellos. Una protesta por ejemplo, sería respondida con el despido o el traslado a un puesto de trabajo más desventajoso. Y todo ello se justificaría invocando las exigencias de orden mayor de la economía, con lo que se pondría a la luz la verdadera naturaleza del hombre "planificado": una pieza insignificante de un mecanismo gigantesco, siempre sacrificable para una finalidad económica.

Hemos visto que el cumplimiento del plan sólo puede llevarse a cabo en un régimen dictatorial, pero hemos dejado abierta la cuestión de la elaboración. ¿Acaso un régimen democrático puede elaborar un plan que abarque toda la economía de una nación por muy grande que ésta sea?

No resultaría cosa fácil responder a esta cuestión. En realidad no tenemos ninguna experiencia en que fundamentar un juicio. De hecho los planes totales, que hemos visto realizarse estos últimos tiempos se han hecho siempre bajo regímenes totalitarios. Los Estados que se han mantenido democráticos han hecho también sus experiencias en la planificación, pero éstos no han tenido nunca la totalidad ni la centralización que estamos suponiendo. Yo creo que la elaboración de un tal plan económico sobrepasa con mucho las posibilidades de un gobierno democrático.

Una vez que se haya consolidado el sistema es sumamente difícil cambiarlo. A iniciativa privada ha sido eliminada, la propiedad privada ha desaparecido, todos los que no son gobierno no saben más que obedecer órdenes ¿Qué

pasaría si una revolución —pongamos por caso— derribase de la noche a la mañana el sistema? ¿Qué pasaría con la economía del país? ¿Podría pasar rápidamente de una economía centralizada a una economía libre? Por supuesto que ésto no es el caso de la desnacionalización que han llevado a cabo algunos países como Inglaterra o Alemania, en los que la economía conserva sustancialmente una dosis de libertad.

En el caso que estudiamos la situación sería completamente distinta. Esta es precisamente la maldición de los regímenes totalitarios que después de su caída no puede reinar más que el caos, a no ser que desde fuera se ordene la vida del país. Por eso aun aquellos que sufren las consecuencias de un régimen totalitario y se sienten presos en los engranajes de su sistema económico por miedo a "lo que vendría después, si esto cae". Ellos mismos contribuyen a perpetuar este estado de opresión.

Todo lo que llevo dicho se podría condensar en la siguiente constatación: un sistema completamente centralizado en la economía, conduce necesariamente a un sistema totalitario en la política. En esto es necesario que no nos hagamos ilusiones; hay que escoger entre una economía planificada totalmente o la democracia; tener ambas cosas a la vez es imposible.

Quiero volver a recordar que he estado manejando un modelo: la economía planificada de administración central. Como modelo es una abstracción. No he estado pues hablando expresamente de ningún sistema económico existente, de un sistema económico concreto. Todo mi razonamiento ha discurrido en tesis. Si hay, o donde haya, un sistema económico como el que muestra nuestro modelo, no habrá democracia en el gobierno sino un sistema totalitario, dictatorial.

Un paso más adelante sería preguntarnos si este modelo corresponde a alguna realidad de nuestro mundo, si esta abstracción se verifica en el sistema económico de algún país de los que hoy día existen en el mundo. Permítaseme que no responda directamente. Los que conozcan el sistema económico de Rusia, Satélites y otros países que han caído bajo su influencia, podrán responder por sí mismos a la cuestión. Lo que es cierto y la experiencia lo confirma más y más en nuestro espacio geográfico, es que, cuanto más la economía se acerca a este modelo, tanto más se va pareciendo el sistema de gobierno a una dictadura totalitaria.

Al modelo de la economía centralizada se opone directamente, ya lo he apuntado, el sistema de competencia libre. ¿No queda pues más solución que elegir un sistema de los dos? Pero en seguida se podrá constatar que un sistema de economía libre, es prácticamente imposible en nuestro mundo económico de hoy. ¿Qué camino, pues, queda abierto a una política democrática y realista? Entre los dos modelos hay una infinita escala de posibilidades más complejas, más mezcladas y por lo tanto más reales. La mayoría des los países democráticos del mundo desenvuelven su economía en esa zona intermedia entre la economía libre y la totalmente centralizada. Esa zona tiene que permanecer y consolidarse. Es esta una verdad que no acepta fácilmente la escuela neo-liberal. Para ello no hay más que una elección entre blanco y negro, una disyuntiva perfecta: o economía libre, o estado totalitario. Sin duda que ahí, hay mucho

de exagerado. La planificación económica no sólo es conveniente y a veces necesaria, sino que en todos los países se aplica, sin que se vea la posibilidad de obrar de otra manera.

Naturalmente que la planificación económica a que nos referimos no pretende sustituir ni suplantar la planificación de cada familia, que cada individuo hace para su economía privada. Esta planificación económica, que no es lo mismo que todo un sistema de economía centralizada, se mueve en un plano distinto de la planificación económica doméstica o privada. Las dos planificaciones son simultáneas, no se oponen ni se excluyen, como en el caso de una economía centralizada, sino que se complementan. La planificación del estado, —política económica,— pone los fundamentos, crea los presupuestos, delimita los límites en que la economía privada es posible o puede tener éxito. Por ejemplo: supongamos que un país de economía en desarrollo se hace clara a los técnicos la necesidad de convertir al país de una economía agrícola en una economía industrial. Es verdad que darán un impulso decisivo al proyecto de los capitalistas que funden grandes bancos, instalen altos hornos, exploten nuevas vetas minerales, introduzcan nuevas técnicas de fabricación. Eso es verdad: la iniciativa privada, que sólo es posible en una economía libre, tendría un papel importantísimo en este proceso. Pero negará que el factor decisivo, que consagra o no el éxito de la iniciativa privada, será la política económica del gobierno, que tiene que canalizar todas las fuerzas económicas del país en la dirección deseada. Inútil sería que los grandes banqueros y capitalistas se esforcen en hacer industrial el país si la política del gobierno se empeña en mantenerlo agrícola. La política económica del Estado determina qué planes privados pueden conducir al éxito y cuáles no, sin inmiscuirse en los planes de cada uno de los protagonistas de la actividad económica. En una palabra, la planificación de cada uno de los sujetos participantes en la economía y la planificación del Estado no constituyen una disyuntiva perfecta (o lo uno o lo otro) sino un complemento imprescindible.

Hasta aquí he venido afirmando que una planificación total de la economía, de intervención inmediata como se llama en términos técnicos, conduce necesariamente a un sistema totalitario de gobierno. Creo que si no hiciese una ulterior aclaración se me podría tener por un neoliberal, cosa de la que estoy muy lejos de ser. Estoy persuadido que en nuestros países, que están en una situación económica de emergencia, la planificación económica tiene mucho más que hacer que una economía de mercado libre. Por eso si he afirmado vigorosamente que la planificación a todos los niveles de la economía conduce a la dictadura del proletariado o de quien sea, quiero afirmar con no menos fuerza que muchas medidas de planificación, de planificación rigurosa muchas veces, son necesarias entre nosotros. No hay porqué pensar que toda medida de planificación conduce necesariamente al estado totalitario. La experiencia de muchos países democráticos lo confirma. Nadie dudará que los racionamientos de alimentos en tiempo de guerra en casi todos los países beligerantes, que se una medida de economía dirigida, estuvo perfectamente justificada y que lo contrario habría sido una locura. La administración de un bien tan escaso como es la vivienda sigue siendo competencia del gobierno en muchos países perfectamente democráticos. Y esa es en general la actitud del gobierno en todos los casos de necesidad, escasez, desastres, ayudas al exterior, etc., etc.

Tomemos por ejemplo de Alemania Occidental con su tan cantada economía de mercado, que nos ofrece una prueba de cómo una serie de pru-

dentes medidas intervencionistas no conducen necesariamente al estado totalitario. Los precios de las viviendas por ejemplo no son libres, sino estrictamente controlados por el estado. La economía agraria tiene su reglamento de mercado,

lo que significa que no es de mercado libre. La mayor parte de los precios de los productos agrícolas están fijos (prescripción del precio del trigo) o manipulación por el estado u organismos oficiales. Y esto no es todo. El comercio exterior, si bien está relativamente "liberalizado" con relación a los países del Mercado Común, está todavía muy poco liberalizado con respecto al "Espacio del dólar". La tasa del interés está manipulada centralmente, mientras que el dinero y su estabilidad no es más que el producto de una manipulación de economía centralizada, como el "cambio" de todos los países. Una de las mayores conquistas de nuestro siglo es que los salarios no se forman según las leyes del mercado en una competencia libre.

No hace falta insistir demasiado en este punto. En todos los países que pasan por más democráticos podemos encontrar medidas de economía centralizada y dirigida que no ponen en peligro la permanencia de la democracia en ellos.

#### Conclusión:

Una cosa es cierta: las medidas de economía obligatoria o centralizada como toda limitación de la libertad son defendibles solo en la medida que las circunstancias lo exijan. Esta es una verdad cuya aceptación no depende de las pertenencias a una escuela de economía o a un determinado partido político. A ella ha llegado, por ejemplo, el partido socialista alemán (S. P. D.), que en su programa de Bad Godesberg (Noviembre 1959) afirma: "Tanta competencia cuanta sea posible; tanta planificación cuanta sea necesaria" (2). Formulación que corresponde exactamente al pensamiento cristiano en esta materia. Los dos extremos que se alejan de esta doctrina son por igual extraños e inadmisibles al sano criterio social cristiano. Por una parte de sobra hemos visto la fatalidad de los excesos —hay límites que la planificación económica nunca debiera pasar— llevan al estado totalitario. El hombre de gobierno que toma posesión de su cargo con el propósito preconcebido y no justificado por la situación económica del país de centralizar toda la economía, delata abiertamente sus intenciones totalitarias. Sus protestas de democracia no pueden ni deben engañarnos.

Y por la otra desde que León XIII proclamó en el año 1891 la obligación del Estado de intervenir en favor de los más débiles económicamente, no podemos oponernos los cristianos a la intervención conveniente del Estado en materia económica. "Cuando se conjura hoy al espíritu cristiano occidental contra los estados intervencionistas, nos tiene que ser ésto sumamente sosepechoso porque aquí se confunden cristianismo y occidente con individualismo" (3).

---

(2) *Grundsatzprogramm der SPD*. Bad Godesberg, Nov. 1959, pág. 14. "Wettbewerb soweit wie möglich — Planung soweit noetig".

(3) *Oswald von Nell-Breuning: Wirtschaft und Gesellschaft heute*. B. pág. 148.